

Modelos teóricos en Inteligencia emocional y su medida

Ander Chamorro
Ursula Oberst

El de *inteligencia emocional* se ha convertido en uno de los conceptos psicológicos más populares. Este hecho presenta, sin duda, diversos aspectos positivos como, por ejemplo, el interés generalizado por las emociones y las competencias personales y su desarrollo en aras de una mejor adaptación social y laboral. En este artículo se procederá a describir las diferentes perspectivas teóricas más actuales en inteligencia emocional así como los instrumentos de medida desarrollados hasta este momento para evaluar este interesante constructo psicológico.

Durante décadas los psicólogos han considerado la inteligencia como el uso de las aptitudes necesarias para la supervivencia y el progreso (Piaget, 1972; Wechsler, 1958). En consecuencia, los tests de inteligencia miden aspectos como, por ejemplo, la retención de información general, la comprensión de expresiones y situaciones, el razonamiento analógico, el razonamiento matemático y el uso del lenguaje, entre otros. Pero han pasado por alto otras formas de inteligencia, como la social que, propuesta por Thorndike (1920), hacía referencia a la habilidad para entender y tratar a las personas. Esta teoría obtuvo poca atención por parte de investigadores posteriores hasta el punto de que años después todavía estaba por desarrollar y evaluar (Cronbach, 1960).

En todo caso, Wechsler ya admitió que, además de la inteligencia tal como la miden los tests, deben tenerse en cuenta otros aspectos, como la afectividad y la personalidad, para poder valorar adecuadamente la capacidad de adaptación de las personas. Pero sólo a partir del momento en que Gardner (1983) y Sternberg (1988) propusieron sus nuevas teorías de la inteligencia los psicólogos han podido complementar la clásica concepción de la inteligencia relacionándola con factores tales como las emociones, la personalidad y los aspectos sociales. Así, en su Teoría de las inteligencias múltiples, Gardner (1983) incorporaba la inteligencia interpersonal y la intrapersonal a las anteriores concepciones sobre la inteligencia. La inteligencia interpersonal consiste en la capacidad de comprender a los demás: qué es lo que más les motiva, cómo trabajan y cuál es la mejor manera de colaborar con ellos.

Así pues, la inteligencia interpersonal sería la habilidad para entender las emociones y las intenciones de otras personas. Por su parte, la inteligencia intrapersonal permite al individuo configurar una imagen verdadera y exacta de él mismo que pueda utilizar para actuar en la vida de modo eficaz; es decir, hace al individuo capaz de utilizar esa imagen de sí mismo para conocer sus propias emociones (Gartner, op. cit.).

En este punto, es fácil comprobar que la habilidad para entender y tratar a las personas así como la comprensión de uno mismo y de los otros aparecen como dimensiones relevantes de la inteligencia que, si bien no fueron concebidas como inteligencias emocionales, sí sentaron las bases de los actuales modelos de inteligencia emocional.

Estos avances en inteligencia habrían quedado como objeto de análisis exclusivo de los científicos si Goleman (1995) no hubiera presentado su bestseller sobre inteligencia emocional. Su contribución a la popularización de la experimentación y la expresión de emociones como un aspecto de la inteligencia _y, por lo tanto, útil para la adaptación en diversos ámbitos de nuestras vidas_ ha sido destacable. Goleman sugiere que la inteligencia emocional es más determinante que la inteligencia cognitiva en el éxito alcanzado en la vida, principalmente en áreas como el trabajo y las relaciones personales. Propone diversas definiciones de la inteligencia emocional: “un conjunto de habilidades que incluyen el autocontrol, el celo y la persistencia, así como la habilidad para motivarse a uno mismo” y la habilidad para “controlar los impulsos, retardar la gratificación, regular los estados de ánimo propios, evitar el estrés y mantener la esperanza” (Goleman, 1998). En todo caso, la obra de Goleman extiende la inteligencia emocional hasta incluir en ella habilidades sociales y comunicativas relacionadas con la comprensión y expresión de las emociones _como la autorregulación, la motivación y la empatía_ pero que van más allá de los límites de lo que el conocimiento actual considera inteligencia emocional. A pesar de ello, el impacto de la obra de Goleman ha sido tan grande que la aplicación de los principios de la inteligencia emocional se ha extendido en organizaciones, consultorías, centros educativos e, incluso, en Internet, donde es fácil encontrar infinidad de páginas dedicadas a su divulgación y puesta en práctica. Esta popularidad del concepto de inteligencia emocional puede ser interpretada como un indicio de la importancia que la gestión de las emociones tiene para las personas en nuestra sociedad (Roberts, Zeidner y Matthews, 2001).

No hay duda de que el éxito de la obra de Goleman, a pesar de su escasa aportación científica, evidencia que la inteligencia emocional, como constructo novedoso, resulta popular y atractiva, un hecho que debe hacernos reflexionar sobre la necesidad de transmitir los conocimientos psicológicos a la sociedad y la opinión pública. Sin embargo, el mérito de Goleman no es totalmente suyo ya que recurre a un término utilizado inicialmente por Salovey y Mayer (1990). Estos autores pro-

pusieron ya un modelo jerárquico de la inteligencia emocional según el cual este concepto podría considerarse como un paraguas que comprendería tres tipos de *habilidades adaptativas*: a) apreciación y expresión de emociones; b) regulación de las emociones; y c) utilización de las emociones para solucionar problemas. La primera categoría de habilidades engloba la apreciación y expresión de las emociones propias, lo que incluye aspectos verbales y no verbales, y la apreciación de las emociones de las otras personas, lo que incorpora la percepción no verbal y la empatía. La segunda categoría, la regulación de las emociones, incluye la regulación de las emociones propias y la regulación de la emoción de las otras personas. La tercera categoría, la utilización de las emociones, engloba la planificación flexible, el pensamiento creativo, y la redirección de la atención y la motivación necesarias para la solución de problemas. Cabe destacar que, a pesar de centrarse en los aspectos emocionales, este modelo de inteligencia emocional no prescinde de funciones cognitivas a la hora de expresar, regular y utilizar las emociones (Schutte, Malouff, Hall, Haggerty, Cooper, Golden y Dornheim, 1998).

Pronto a este modelo le siguieron otros alternativos, acompañados cada uno de ellos por sus respectivos instrumentos de medida. Estos modelos han sido clasificados en dos categorías generales: los modelos de "habilidad", que definen la inteligencia emocional como una "inteligencia" en el sentido tradicional del término (Mayer, Salovey y Caruso, 1999); y los modelos mixtos, así llamados porque añaden aspectos próximos a la personalidad _aspectos motivacionales como el autoconcepto y disposiciones afectivas como la empatía_ a las habilidades como la percepción, la asimilación, la comprensión y la gestión de las emociones. El modelo mixto considera la inteligencia emocional desde una perspectiva de rasgo, mientras que el modelo de habilidades lo hace desde una perspectiva de procesamiento de la información. Así, la perspectiva de rasgo implica consistencia situacional en la conducta, sobre todo manifestada en las conductas de empatía, asertividad y optimismo. Utiliza instrumentos de medida muy similares a los utilizados para evaluar la personalidad: autoinformes estandarizados que miden la conducta *típica*. En estos instrumentos de medida de la inteligencia emocional se incluyen variables como la empatía, el optimismo y la impulsividad, e incluso otros menos relacionados como la motivación, la autoconciencia y la felicidad. Por el contrario, desde la perspectiva del procesamiento de la información, la inteligencia emocional se concibe como un conjunto de habilidades _como la de identificar emociones_ que implican el procesamiento de información emocional relevante y que están claramente relacionadas con la inteligencia. Estas habilidades deben ser evaluadas mediante tests de habilidades, de conducta máxima, no típica; es decir, mediante pruebas objetivas, similares a tests de inteligencia.

El modelo mixto de inteligencia emocional y su medida

El modelo de inteligencia emocional propuesto por Goleman (1995, 1998) constituye un buen ejemplo de modelo mixto. Goleman (op. cit.) propone cinco

dimensiones de la inteligencia emocional: autoconciencia, autorregulación, motivación, empatía y habilidades sociales. Otro modelo de inteligencia emocional considerado como un modelo mixto es el de Bar-On (1997). Bar-On define la inteligencia emocional como "un conjunto de capacidades no cognitivas, competencias y habilidades que influyen la habilidad de cada uno para tener éxito y afrontar las demandas ambientales y las presiones" (1997, p.14). Esta conceptualización de la inteligencia emocional no puede ser entendida si no se tiene en cuenta la forma en que se ha evaluado el constructo. El principal instrumento es el Inventario de Cociente Emocional (EQ-i) de Bar-On (op. cit.), un cuestionario autoinformado de 133 ítems que incluye 15 subescalas. Estas subescalas se agrupan en cinco dimensiones de orden superior: interpersonal, intrapersonal, adaptación, gestión del estrés y estado de ánimo general. La dimensión intrapersonal incluye las subescalas de autoconciencia emocional, asertividad, autoconcepto, autoactualización e independencia. La dimensión interpersonal incluye las subescalas de empatía, relación interpersonal y responsabilidad social. La dimensión adaptación incluye las subescalas de solución de problemas, valoración de la realidad y flexibilidad. La dimensión gestión del estrés incluye las subescalas de tolerancia del estrés y control de los impulsos. Finalmente, la dimensión estado de ánimo general incluye las subescalas de felicidad y optimismo.

Un segundo instrumento de evaluación de la inteligencia emocional coherente con el modelo mixto es el propuesto en 1998 por Schutte y sus colaboradores (Schutte, et al., 1998): el SREIT. Schutte desarrolló un cuestionario autoinforme de 33 ítems dirigido a evaluar de forma *homogénea* la inteligencia emocional de modo que permitiera obtener una única puntuación que describiría el grado de inteligencia emocional de una persona. Schutte y sus colaboradores (op. cit.) aportaron datos que avalaban una correcta fiabilidad para la escala así como evidencias de validez. Los autores obtuvieron correlaciones positivas de su escala con medidas de atención a los sentimientos, claridad de sentimientos, ánimo, optimismo, control de impulsos y apertura a la experiencia. En cambio, las puntuaciones de la escala SREIT no correlacionaron con habilidades cognitivas relacionadas con la inteligencia. Finalmente, la escala pudo predecir los resultados académicos de los sujetos y discriminar entre los terapeutas y sus clientes o prisioneros (valores más altos en terapeutas), y entre hombres y mujeres (valores más altos en mujeres).

A pesar de estas evidencias, las medidas de inteligencia emocional basadas en el modelo mixto, y por extensión esta concepción de la inteligencia emocional, han sido fuertemente criticadas. Las críticas se basan en las relaciones obtenidas entre inteligencia emocional y otros constructos, así como en la forma en que ésta ha sido medida: los cuestionarios autoinforme. Para los críticos (ver, por ejemplo, Petrides y Furnham, 2000), las correlaciones entre estas medidas de inteligencia emocional y otros constructos evidencian que la inteligencia emocional todavía no presenta un dominio conceptual coherente: los datos muestran la elevada interrelación entre ellos y no queda claro en qué medida un constructo que agrupe a otros ya existentes _un macroconstructo, por así decirlo_ aporta mayor validez que la

suma de éstos por separado. En definitiva, desde este punto de vista, la inteligencia emocional aparece más como un conglomerado de constructos con mucha mayor tradición científica (Zeidner, Matthews, Roberts y MacCann (en prensa). Por otra parte, desde una perspectiva de la medida, la utilización de autoinformes para evaluar la inteligencia emocional ha sido muy criticada (ver, por ejemplo, Brackett y Mayer, 2003) ya que el uso de expresiones descriptivas de la persona sobre sí misma como forma de medir habilidades de inteligencia depende del autoconcepto de la persona que responde. Si éste fuera muy preciso, las medidas serían precisas pero los datos existentes indican que las correlaciones entre la inteligencia y los autoinformes son bajas, con valores de entre .00 y .35. Además, los factores de la inteligencia emocional incorporan un alto grado de deseabilidad social. Por lo tanto, parece poco probable que la inteligencia emocional pueda ser medida correctamente mediante autoinformes.

La inteligencia emocional desde la perspectiva del procesamiento de la información y su medida

Mayer y Salovey (1997) revisaron su modelo de inteligencia emocional en términos de potencial para el desarrollo intelectual y emocional dado que consideraban que la definición inicial propuesta era vaga y poco precisa. Esta vaguedad inicial era debida al hincapié hecho en la percepción y regulación de las emociones, mientras que se ignoraban otras habilidades, como el pensamiento acerca de los sentimientos. Por ello propusieron una nueva conceptualización del concepto. Para ellos la inteligencia emocional incluye la habilidad para percibir con precisión, evaluar y expresar emociones; la habilidad para acceder y/o generar sentimientos para facilitar el pensamiento; la habilidad para entender las emociones y el conocimiento emocional; y la habilidad para regular las emociones con la finalidad de promover el desarrollo emocional e intelectual. Como puede apreciarse en la definición, el modelo amplía la concepción inicial y propone cuatro ramas de la inteligencia emocional: percepción, apreciación y expresión de emociones; facilitación emocional del pensamiento; comprensión, análisis y utilización del conocimiento emocional; y regulación reflexiva de las emociones para el desarrollo intelectual y emocional. Estas cuatro ramas están organizadas desde los procesos psicológicos más básicos hasta los más elevados, los más integrados psicológicamente. Además, cada rama incluye diferentes estadios de habilidad que se aprende a dominar de manera secuencial. Otro aspecto destacable de la nueva definición de la inteligencia emocional es su concepción en términos de conjuntos de habilidades, como las de percibir, asimilar, entender o manejar emociones. Esta nueva concepción es claramente diferente de la propuesta por otros modelos de inteligencia emocional, como el de Goleman (1995) o el de Bar-On (1997), en el sentido de que no sólo no incluye otros conceptos próximos, como la motivación y la felicidad, por ejemplo, sino que además considera estas habilidades como elementos de la inteligencia que pueden desarrollarse.

Así, la primera rama de la inteligencia emocional, la percepción, apreciación y expresión de emociones propias, está considerada el proceso más básico, mientras que las demás requieren un procesamiento progresivamente más complejo. Otra habilidad incluida en este proceso es la expresión precisa de emociones y necesidades con relación a otras personas. Finalmente, la cuarta habilidad permite discriminar entre expresiones adecuadas _u honestas_ e inadecuadas de las emociones.

La segunda rama de la inteligencia emocional, la utilización de las emociones para facilitar el pensamiento y el comportamiento, incluye otras cuatro habilidades: la comparación de las emociones unas con otras; la utilización de las emociones para dirigir la atención a la información importante _la generación de emociones suficientemente vívidas como para ayudar a crear juicios y recuerdos_, la utilización del ánimo para cambiar el punto de vista individual de manera que se tengan en cuenta diferentes puntos de vista; y la facilitación del razonamiento mediante los estados emocionales. Estas habilidades son básicas para el uso de la atención selectiva, el autocontrol y la automotivación.

La tercera rama de la inteligencia emocional, la comprensión y análisis de las emociones, incluye cuatro nuevas habilidades: la de etiquetar las emociones y reconocer las relaciones de los términos que implican aspectos emocionales; la habilidad para interpretar los significados de las emociones y sus relaciones; la habilidad para entender sentimientos complejos, o combinaciones de sentimientos; y, finalmente, la habilidad para reconocer la transición entre emociones diferentes.

La cuarta rama de la inteligencia emocional, la regulación reflexiva de las emociones para promover el desarrollo emocional e intelectual, evoluciona desde la habilidad para mantenerse abierto a los sentimientos ya sean agradables o desagradables _la habilidad más básica_ hasta la habilidad para manejar las emociones propias y ajenas. Este proceso incluye dos habilidades intermedias: la de implicarse o distanciarse de manera reflexiva de una emoción según se considere ésta conveniente o no; y la de controlar las emociones en relación con otras personas, lo que incluye reconocer su claridad, tipicidad e influencia. Esta faceta permite la adaptación social y la solución de problemas.

Como ya se ha apuntado anteriormente, Mayer y Salovey (1997) propusieron la necesidad de medir la inteligencia emocional con instrumentos diferentes de los clásicos cuestionarios de autoinforme. Por ello, desarrollaron un instrumento objetivo para medirla, un test en el que las respuestas pudieran ser clasificadas como correctas o incorrectas en función de un consenso conseguido durante el desarrollo del test; es decir, si el 0.40 de la muestra normativa optaba por una respuesta, el sujeto que emitía esa respuesta recibía una puntuación de 0.40. Según este estilo de valoración de respuestas, puntuaciones más elevadas indican que los sujetos

escogen las respuestas seleccionadas por la mayoría de los sujetos en la muestra normativa, que es considerada "la correcta". Por lo tanto, puntuaciones elevadas en las subescalas indican una mayor inteligencia emocional. El instrumento fue la Escala Multifactorial de Inteligencia Emocional (MEIS) (Mayer, Salovey y Caruso, 1999), compuesta por doce escalas que miden cuatro habilidades de inteligencia emocional. Este instrumento presenta la ventaja de medir conducta real, no conducta referida por la propia persona, por lo que parece ser menos sensible a sesgos de representación y de deseabilidad social, y no requiere que las personas que contestan tengan conciencia de su propia conducta (Ciarrochi, Chan y Caputi, 2000). Las diferentes subescalas del MEIS mostraron ser fiables y el test correlacionaba con medidas de inteligencia, empatía y satisfacción vital, por lo que podía ser considerado un instrumento potencialmente útil. Estudios posteriores mostraron una menor fiabilidad de algunas subescalas y replicaron la estructura factorial del test incluyendo un factor general de inteligencia emocional. También se obtuvieron correlaciones moderadas del test con medidas de autoestima, empatía, satisfacción vital y calidad de las relaciones, así como bajas correlaciones entre el test y el neuroticismo, la apertura a la experiencia y la inteligencia general. El test también discriminaba correctamente entre hombres y mujeres, ya que las mujeres mostraban puntuaciones más elevadas que los hombres. En general, y a juicio de los autores, los datos apoyaban la utilidad del MEIS para medir la inteligencia emocional (Ciarrochi, Chan y Caputi, 2000).

A este test siguió otro, el Mayer-Salovey-Caruso Emotional Intelligence Test (MSCEIT; Mayer, Salovey y Caruso, 2002), una evolución del MEIS _con las mismas dimensiones y el mismo procedimiento de aplicación_ basada en la idea de que la inteligencia emocional incluye la solución de problemas emocionales y la solución de problemas mediante el uso de las emociones, un importante componente de una conducta emocionalmente adaptada. Este segundo test se construyó de forma más precisa e incluía una estandarización que justificaba la fiabilidad de los jueces acerca de los criterios para considerar una respuesta como correcta, la fiabilidad del test y la validez factorial.

Los índices de fiabilidad para el conjunto del test fueron excelentes ($r = .88$) y los de las cuatro dimensiones muy buenos (oscilando entre $r = .76$ y $.91$). El análisis factorial confirmatorio permitió comprobar que el test incluye las cuatro dimensiones de inteligencia emocional propuestas por Mayer y Salovey (1993) así como un factor general (g) de inteligencia emocional (Mayer, Salovey, Caruso y Sitarenios, 2003). Además de esta congruencia entre la estructura factorial del test y el modelo teórico, así como de las evidencias de fiabilidad y validez, el MSCEIT parece satisfacer algunos de los criterios necesarios para poder ser considerado un test de inteligencia: a) está operacionalizado como un conjunto de habilidades, b) es objetivo, c) sus puntuaciones correlacionan con otras medidas de inteligencia, y d) las puntuaciones mejoran con la edad (ver Brackett y Mayer (2003) para una revisión).

La inteligencia emocional, ¿un nuevo tipo de inteligencia?

A pesar de la popularidad y del esfuerzo investigador que ha generado, las evidencias existentes y la diversidad de modelos teóricos dificultan que la inteligencia emocional pueda ser considerada como una nueva dimensión de la inteligencia y no sólo un bonito nuevo nombre para conceptos antiguos. Esto es debido, en gran parte, a la ausencia de una única conceptualización de lo que “realmente” es inteligencia. Otra dificultad es la multiplicidad de medidas de inteligencia emocional existentes. Este hecho pone en evidencia la confusión existente acerca de lo que los psicólogos miden, lo que también se evidencia en las definiciones (Roberts, Zeidner y Matthews, 2001).

El impacto de la obra de Goleman ha puesto de relieve el interés de las personas por los aspectos emocionales de la conducta, y este interés sirve de estímulo a nuevas investigaciones y aplicaciones. En estas páginas se ha visto cómo la inteligencia emocional aún no puede ser considerada un concepto claramente definido y medible. Más bien podría decirse que el conocimiento que se posee al respecto es rudimentario; aún se disponen de pocas evidencias para considerar el conocimiento actual como definitivo. Por ello, cabe considerar que en la utilización de la inteligencia emocional es preciso ser prudentes. Aún no se sabe con claridad qué es la inteligencia emocional: ¿una habilidad cognitiva? o ¿una dimensión de la personalidad? En todo caso, las últimas investigaciones parecen apuntar hacia la idea de que la inteligencia emocional es una habilidad mental diferente, un concepto claramente definido para el que se dispone de un instrumento de medida con evidencias de validez, el MSCEIT. La postura de los autores de este estudio sigue la línea de Brackett y Mayer (2003), esto es, considerar la inteligencia emocional como una forma de inteligencia, lo que permite utilizar y aplicar de manera diferenciada otros conceptos que frecuentemente se habían considerado como parte de la inteligencia emocional (por ejemplo, la motivación, el optimismo, la autoestima, etc.). De esta manera, podrá valorarse realmente la aportación de la inteligencia emocional a la comprensión y explicación de la conducta.

En todo caso, la idea de la inteligencia emocional está generando un número creciente de publicaciones no sólo de carácter divulgativo sino también en revistas de renombre científico. Con el MSCEIT y el EQ-i, y en menor medida el SREIT, se cuenta ya con unos instrumentos que permiten estudios científicamente serios no sólo para su uso por parte de psicólogos dedicados a la psicometría sino también para la aplicación del concepto de inteligencia emocional en diferentes ámbitos. En todo caso, conviene destacar desde estas páginas la importancia de llevar a cabo aplicaciones prácticas de la inteligencia emocional que supongan también avance en el conocimiento, y esto sólo es posible si son aplicaciones que incluyen medidas. Gran parte del esfuerzo que representa aplicar las ideas de la inteligencia emocional queda oculto por la ausencia de medidas que permitan valorar la eficacia de los programas (educativos, organizacionales, etc.). Así pues, si entre todos los profesionales implicados se ponen en marcha investigaciones sobre la inteligencia emocional o aplicaciones de ella en las que los diferentes aspectos tratados hayan sido operacionalizados, el futuro se presenta excitante y prometedor.

BIBLIOGRAFIA

- BAR-ON, R. (1997). *The Emotional Intelligence Inventory (EO-I): Technical manual*. Toronto (Canada): Multi-Health Systems.
- Brackett, M. A. & Mayer, J. D. (2003). "Convergent, discriminant, and incremental validity of competing measures of Emotional Intelligence". *Personality and Social Psychology Bulletin*, 29, 9, 1147-1158.
- Ciarrochi, J. V., Chan, A. Y. C. & Caputi, P. (2000). "A critical evaluation of the emotional intelligence construct". *Personality and Individual Differences*, 28, 539-561.
- Cronbach, L. J. (1960). *Essentials of psychological testing*. New York: Harper and Row.
- Gardner, H. (1983). *Frames of Mind: The theory of multiple intelligences*. New York: Basic Books.
- Goleman, D. (1995). *Emotional Intelligence*. New York: Bantam Books.
- Goleman, D. (1998). *Working with Emotional Intelligence*. London: Bloomsbury.
- Mayer, J. D. & Salovey, P. (1993). "The intelligence of emotional intelligence". *Intelligence*, 17, 433-442.
- Mayer, J. D. & Salovey, P. (1997). "What is emotional intelligence?". In P. Salovey y D. Sluyter (Eds.), *Emotional development and emotional intelligence: Educational implications*. New York: Basic Books.
- Mayer, J. D., Salovey, P. & Caruso, D. (1999). "Competing models of emotional intelligence". In R. J. Sternberg (Ed.), *Handbook of Human Intelligence*. New York: Cambridge Press.
- Mayer, J. D., Salovey, P. & Caruso, D. (2002). *Mayer-Salovey-Caruso Emotional Intelligence Test (MSCEIT) user's manual*. Toronto (Canada): MHS Publishers.
- Mayer, J. D., Salovey, P., Caruso, D. & Sitarenios, G. (2003). "Measuring Emotional Intelligence with the MSCEIT" v. 2.0. *Emotion*, 3, 97-105.
- Petrides, K. V. & Furnham, A. (2000). "On the dimensional structure of emotional intelligence". *Personality and Individual Differences*, 29, 313-320.
- Piaget, J. (1972). *The psychology of intelligence*. NJ: Littlefield Adams.
- Roberts, R. D., Zeidner, M. & Matthews, G. (2001). "Does emotional intelligence meet traditional standards for an intelligence? Some new data and conclusions". *Emotion*, 1, 196-321.
- Salovey, P. & Mayer, J. D. (1990). "Emotional intelligence". *Imagination, Cognition and Personality*, 9, 185-211.
- Schutte, N. S., Malouff, J. M., May, L. E., Haggerty, D. J., Cooper, J. T., Golden, Ch. J. & Dornheim, L. (1998). "Development and validation of a measure of emotional intelligence". *Personality and Individual Differences*, 25, 167-177.
- Sternberg, R. J. (1988). *The triarchic mind: A new theory of human intelligence*. New York: Penguin.
- Thorndike, R. L. (1920). "Intelligence and its uses". *Harper's Magazine*, 140, 227-235.
- Wechsler, D. (1958). *The measurement and appraisal of adult intelligence*. Baltimore: William and Wilkins.
- Zeidner, M., Matthews, G., Roberts, R. D. & MacCann, C. (en prensa). *Development of Emotional Intelligence: Toward an Multi-level Investment Model*.